

—¿De veras?

—Aunque sea á morir. Ahora, véte.

Martín se había olvidado de todos sus peligros; marchó á su casa y sin pensar en espionajes entró en la posada de Bautista y le abrazó.

—Pasado mañana—dijo Bautista—tenemos el coche.

—¿Lo has arreglado todo?

—Sí.

Martín salió de casa de su cuñado silbando alegremente. Al llegar cerca de la posada, dos serenos se le acercaron y le mandaron callar.

—¡Hombre! ¿No se puede silbar?—preguntó Martín.

—No, señor.

—Bueno. No silbaré.

—Y si replica Vd., va Vd. á la cárcel.

—No replico.

—¡Hala! ¡Hala! A la cárcel.

Zalacaín vió que buscaban un pretexto para encerrarle y aguantó los empujones que le dieron, y en medio de los dos serenos entró en la cárcel.



CAPITULO XII

EN QUE LOS ACONTECIMIENTOS MARCHAN
AL GALOPE

ENTREGARON los serenos á Martín en manos del alcaide, y éste le llevó hasta un cuarto oscuro con un banco y una cantarilla para el agua en un rincón.

—Demonio—exclamó Martín—aquí hace mucho frío. ¿No hay sitio donde dormir?

—Ahí tiene Vd. el banco.

—¿No me podrían traer un jergón y una manta para tenderme?

—Si paga Vd....

—Pagaré lo que sea. Que me traigan un jergón y dos mantas. El alcaide se fué, dejando á obscuras á Martín, y vino poco después con un jergón y las man-

tas pedidas. Le dió Martín un duro, y el carcelero, amansado, le preguntó:

—¿Qué ha hecho Vd. para que le traigan aquí?

—Nada. Venía silbando por la calle. Y me ha dicho el sereno: No se silba. Me he callado y sin más ni más me han traído á la cárcel.

—¿Usted no se ha resistido?

—No.

—Entonces será por otra cosa por lo que le han encerrado.

Martín dijo que así se lo figuraba también él. Le dió las buenas noches el carcelero; contestó Zalacaín amablemente y se tendió en el suelo.

—Aquí estoy tan seguro como en la posada—se dijo.—Allí me tienen en sus manos y aquí también, luego estoy igual. Durmamos. Veremos lo que se hace mañana.

A pesar de que su imaginación se le insubordinaba pudo conciliar el sueño y descansar profundamente.

Cuando despertó vió que entraba un rayo de sol por una alta ventana iluminando el destartalado zaquizamí. Llamó en la puerta, vino el carcelero y le dijo:

—¿No le han dicho á Vd. porque estoy preso?

—No.

—¿De manera que me van á tener encerrado sin motivo?

—Quizás sea una equivocación.

—Pues es un consuelo.

—¡Cosas de la vida! Aquí no le puede pasar á Vd. nada.

—¡Si le parece á Vd. poco estar en la cárcel!

—Eso no deshonra á nadie.

Martín se hizo el asustadizo y el tímido, y preguntó:

—¿Me traerá Vd. de comer, eh?

—Sí. ¿Hay hambre, eh?

—Ya lo creo.

—¿No querrá Vd. rancho?

—No.

—Pues ahora le traerán la comida. Y el carcelero se fué, cantando alegremente.

Comió Martín lo que le trajeron, se tendió envuelto en la manta y después de un momento de sueño se levantó decidido á tomar una resolución.

—¿Qué podría hacer yo?—se dijo.—Sobornar al alcaide exigiría mucho dinero. Llamar á Bautista es comprometerle. Esperar aquí á que me suelten es exponerme á cárcel perpétua, por lo menos hasta que la guerra termine... Hay que escaparse, no hay más remedio.

Con esta firme decisión, comenzó á pensar un plan de fuga. Salir por la puerta era difícil. La puerta, además de ser fuerte, se cerraba por fuera con llave

y cerrojo. Después, aun en el caso de aprovechar una ocasión y poder salir de allá, quedaba por recorrer un pasillo largo y luego unas escaleras... Imposible.

Había que escapar por la ventana. Era el único recurso.

—¿Adónde dará esto?—se dijo.

Arrimó el banco, se subió á él, se agarró á los barrotes y á pulso se levantó hasta poder mirar por la reja. Daba á la plaza de la fuente, en donde el día anterior se había encontrado con el extranjero.

Saltó al suelo y se sentó en el banco. La reja era alta, pequeña, con tres barrotes sin travesaño.

—Arrancando uno quizás pudiera pasar—se dijo Martín.—Y esto no sería difícil... luego necesitaría una cuerda. ¿De dónde sacaría yo una cuerda?... La manta... la manta cortada en tiras me podía servir...

No tenía más instrumento que un cortaplumas pequeño.

—Hay que ver la solidez de la reja—murmuró.

Volvió á subir. Se hallaba la reja empujada en la pared, pero no tenía gran resistencia.

Los barrotes estaban sujetos por un marco de madera, y el marco en un extremo se hallaba apollado. Martín su-

pusó que no sería difícil el arrancarlo y quitar el barrote.

Cortó una tira de la manta y pasándola por el barrote de en medio y atándola después por los extremos formó una abrazadera y metió una pata del banco en este anillo y la otra pata la sujetó en el suelo.

Contaba así con una especie de plano inclinado para llegar á la reja. Subió por él deslizándose, se agarró con la mano izquierda á un barrote y con la derecha armada del cortaplumas, comenzó á roer la madera del marco.

La postura no era cómoda ni mucho menos, pero la constancia de Zalacaín no cejaba, y tras de una hora de trabajo logró arrancar el barrote de su alveolo.

Cuando lo tuvo ya suelto, lo dejó como antes, quitó el banco de su posición oblicua, ocultó las astillas arrancadas del marco de la ventana en el jergón y esperó á la noche.

El carcelero le llevó la cena y Martín le preguntó con empeño si no habían dispuesto nada respecto á él, si pensaban tenerlo encerrado sin motivo alguno.

El carcelero se encogió de hombros y se retiró tarareando.

Inmediatamente que Zalacaín se vió sólo se puso manos á la obra.

Tenía la absoluta seguridad de po-

derse escapar. Sacó el cortaplumas y comenzó á cortar las dos mantas de arriba á abajo. Hecho esto fué atando las tiras una á otra hasta formar una cuerda de quince brazas. Era lo que necesitaba.

Después pensó en dejar un recuerdo alegre y divertido en la cárcel. Cogió la cantarilla de agua del rincón y le puso su boina y la dejó envuelta en el trozo que quedaba de manta.

—Cuando se asome el carcelero podrá creer que sigo aquí durmiendo. Si gano con esto un par de horas me pueden servir admirablemente para escaparme.

Contempló el bulto con una sonrisa, luego subió á la reja, ató un cabo de la cuerda á los dos barrotes y el otro extremo lo echó fuera poco á poco. Cuando toda la cuerda quedó á lo largo de la pared, pasó el cuerpo con mil trabajos por la abertura que dejaba el barroto arrancado y comenzó á descolgarse resbalándose por el marco.

Cruzó por delante de una ventana iluminada. Vió á alguien que se movía á través de un cristal. Estaba á cuatro ó cinco metros de la calle cuando oyó ruido de pasos. Se detuvo en su descenso y ya comenzaban á dejar de oírse los pasos, cuando cayó á tierra, metiendo algún estrépito.

Uno de los nudos debía de haberse

soltado porque le quedaba un trozo de cuerda en la mano. Se levantó.

—No hay avería. No me he hecho nada—se dijo.—Al pasar por cerca de la fuente de la plaza tiró el resto de la cuerda al agua. Luego, deprisa, se dirigió por la calle de la Rua.

Iba marchando cuando vió que dos hombres armados con fusiles, cuyas bayonetas brillaban de un modo siniestro, le seguían por el extremo de la calle. Si se alejaba iba á dar á la guardia de extra-muros. No sabiendo qué hacer y viendo un portal abierto, entró en él, y empujando suavemente la puerta, la cerró.

Oyó el ruido de los pasos de los hombres en la acera. Esperó á que dejaran de oírse, y cuando iba dispuesto á salir, bajó una mujer vieja al portal y echó la llave y el cerrojo de la puerta.

Martín se quedó encerrado. Volvieron á oírse los pasos de los que le perseguían.

—No se van—pensó.

Efectivamente, no sólo no se fueron sino que llamaron en la puerta con dos aldabonazos.

Apareció de nuevo la vieja con un farol y se puso al habla con los de fuera sin abrir.

—¿Ha entrado aquí algún hombre?—preguntó uno de los perseguidores.

—No.

—¿Quiere Vd. verlo bien? Somos de la justicia.

—Aquí no hay nadie.

—Registre Vd. el portal.

Martín al oír esto agazapándose salió del portal y ganó la escalera. La vieja paseó la luz del farol por todo el zaguán y dijo:

—No hay nadie, no, no hay nadie.

Martín pretendió volver al zaguán, pero la vieja puso el farol de tal modo que iluminaba el comienzo de la escalera. Martín no tuvo más remedio que subir los escalones de dos en dos hasta arriba.

—Pasaremos aquí la noche—se dijo.

No había salida alguna. Lo mejor era esperar á que llegase el día y abriesen la puerta. No quería exponerse á que lo encontraran dentro estando la puerta cerrada, y aguardó hasta muy entrada la mañana.

Serían cerca las nueve cuando comenzó á bajar las escaleras. Al pasar por el primer piso vió en un cuarto muy lujoso y extendido sobre una silla un uniforme de oficial carlista, con su boina y su espada. Tenía tal convencimiento Martín de que sólo á fuerza de audacia se salvaría, que se ciñó la espada, se echó el capote por encima y comenzó á bajar las escaleras, taconeando. Se encontró

con la vieja de la noche anterior y al verla la dijo:

—Pero no hay nadie en esta casa?

—¿Qué quería Vd.?

—¿Vive aquí el comandante Carlos Ohando?

—No, señor, aquí no vive.

—¡Muchas gracias!

Martín salió á la calle, y embozado y con aire conquistador se dirigió á la posada en donde vivía Bautista.

—¡Tú!—exclamó Urbide.—¿De dónde sales? No te he visto en todo el día de ayer. Estaba intranquilo.

—Todo lo contaré. ¿Tienes el coche?

—Sí, pero...

—Nada, tráetelo en seguida, lo más pronto que puedas. Pero á escape.

Martín se sentó á la mesa y escribió con lápiz en un papel: «Querida hermana. Necesito verte. Estoy gravísimo. Ven inmediatamente en el coche con mi amigo Zalacaín. Tu hermano, Carlos.»

Después de escribir el papel, Martín se paseó con impaciencia por el cuarto. Cada minuto le parecía un siglo. Dos horas larguísimas tuvo que estar esperando con angustias de muerte. Al fin, cerca de las doce, oyó un ruido de campanillas.

Se asomó al balcón. A la puerta esperaba un coche tirado por cuatro caballos. Entre estos distinguió Martín los

dos jacos en cuyos lomos fueron desde Zumaya hasta Estella. El coche, un landó viejo y destartelado, tenía un cristal roto y uno de los faroles atado con una cuerda.

Bajó las escaleras Martín embozado en la capa, abrió la portezuela del coche y dijo á Bautista:

—Al convento de Recoletas.

Bautista, sin decir nada, se dirigió hacia allá.

Cuando el coche se detuvo frente al convento, Bautista, al salir Zalacain, le dijo:

—¿Qué disparate vas á hacer? Reflexiona.

—¿Tú sabes cuál es el camino de Logroño?—preguntó Martín.

—Sí.

—Pues toma por allá.

—Pero...

—Nada, nada, toma por allá. Al principio marcha despacio, para no cansar á los caballos, porque luego habrá que correr.

Hecha esta recomendación, Martín, muy erguido, se dirigió al convento.

—Aquí va á pasar algo gordo—se dijo Bautista.

Llamó Martín, preguntó á la hermana tornera por la señorita de Ohando y le dijo que necesitaba darle una carta. Le hicieron pasar al locutorio y se encontró allí con Catalina y una monja gruesa

que era la superiora. Las saludó profundamente y preguntó:

—¿La señorita de Ohando?

—Soy yo.

—Traigo una carta para Vd. de su hermano.

Catalina palideció y le temblaron las manos de la emoción. La superiora, una mujer gruesa, de color de marfil, con los ojos grandes y oscuros como dos manchas negras que le cogían la mitad de la cara, y varios lunares en la barba, preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Qué dice ese papel?

—Dice que mi hermano está grave... que vaya—balbuceó Catalina.

—¿Está tan grave?—preguntó la superiora á Martín.

—Sí, creo que sí.

—¿En dónde se encuentra?

—En una casa de la carretera de Logroño—dijo Martín.

—¿Hacia Azqueta quizás?

—Sí, cerca de Azqueta.

—Bueno. Vamos—dijo la superiora.—Que venga también el señor Benito el demandadero.

Martín no se turbó y se dispuso á acompañarlas. Al salir los cuatro á tomar el coche y al verles Bautista desde lo alto del pescante, no pudo menos de hacer una mueca de asombro. El demandadero montó junto á él.

—Vamos—dijo Martín á Bautista.

El coche partió; la misma superiora bajó las cortinas y sacando un rosario comenzó á rezar. Recorrió el coche la calle Mayor, atravesó el puente del Azucarero, la calle de San Nicolás, y tomó por la carretera de Logroño.

Al salir del pueblo una patrulla carlista se acercó al coche. Alguien abrió la portezuela y la volvió á cerrar en seguida.

—Va la madre superiora de las Recoletas á visitar á un enfermo—dijo el demandadero con voz gangosa.

El coche siguió adelante al trote lento de los caballos; pasó una aldea, luego otra.

—¡Qué lentitud!—exclamó la monja.

—Es que los caballos son muy malos—contestó Martín.

Pasaron deprisa otra aldea, y cuando no tenían delante ni atrás pueblos ni casas, Bautista aminó la marcha. Comenzaba á anochecer.

—¿Pero qué pasa?—dijo de pronto la superiora.—¿No llegamos todavía?

—Pasa, señora—contestó Zalacaín—que tenemos que seguir adelante.

—¿Y por qué?

—Hay esa orden.

—¿Y quién ha dado esa orden?

—Es un secreto.

—Pues hagan el favor de parar el coche porque voy á bajar.

—Si quiere Vd. bajar sola puede usted hacerlo.

—No, iré con Catalina.

—Imposible.

La superiora lanzó una mirada furiosa á Catalina, y al ver que bajaba los ojos exclamó:

—¡Ah! Estaban entendidos.

—Sí, estamos entendidos—contestó Martín.—Esta señorita es mi novia y no quiere estar en el convento, sino casarse conmigo.

—No es verdad, yo lo impediré.

—Usted no lo impedirá porque no podrá impedirlo.

La superiora se calló. Siguió el coche en su marcha pesada y monótona por la carretera. Era ya media noche cuando llegaron á la vista de Los Arcos.

Doscientos metros antes detuvo Bautista los caballos y saltó del pescante.

—Tú—le dijo á Zalacaín en vascuence—tenemos un caballo aspeado, si pudieras cambiarlo aquí...

—Voy á ver. Cuidado con el demandadero y con la monja, que no salgan.

Desenganchó Martín el caballo y fué con él á la venta.

Le salió al paso una muchacha redonda, muy bonita y de muy mal humor. Le dijo Martín lo que necesitaba, y ella dijo que era imposible, que el amo estaba acostado.

—Pues hay que despertarle.

Llamaron al posadero y éste presentó una porción de pretextos, pero al ver el uniforme de Martín se avino á obedecer y mandó despertar al mozo. El mozo no estaba.

—Ya vé Vd., no está el mozo.

—Ayúdeme Vd., no tenga Vd. mal genio—le dijo Martín á la muchacha tomándole la mano y dándole un duro.—Me juego la vida en esto.

La muchacha guardó el duro en el delantal, y ella misma sacó dos caballos de la cuadra y fué con ellos cantando alegremente:

La Virgen del Puy de Estella
le dijo á la del Pilar:
Si tú eres aragonesa
yo soy navarra y con sal.

Martín pagó al posadero y quedó con él de acuerdo en el sitio en donde tenía que dejar los caballos en Logroño.

Entre Bautista, Martín y la muchacha reemplazaron el tiro por completo. Martín acompañó á la muchacha y cuando la vió sola la estrechó por la cintura y la besó en la mejilla.

—¡También Vd. es posma!—exclamó ella con desgarro.

—Es que Vd. es muy bonita—replicó Martín.

—¿Quién lleva Vd. en el coche?

—Unas viejas.

—¿Volverá Vd. por aquí?

—En cuanto pueda.

—Pues, adiós.

—Adiós, hermosa.

El coche pasó por delante de Los Arcos. Al llegar cerca de Sansol, cuatro hombres se plantaron en el camino.

—¡Alto!—gritó uno de ellos que llevaba un farol.

Martín saltó del coche y desenvainó la espada.

—¿Quién es?—preguntó

—Voluntarios realistas—dijeron ellos.

—¿Qué quieren?

—Ver si tienen Vdes. pasaporte.

Martín sacó su salvoconducto y lo enseñó. Un viejo, de aire respetable, tomó el papel y se puso á leerlo.

—¿No vé Vd. que soy oficial?—preguntó Martín.

—No importa—replicó el viejo.—¿Quién va á dentro?

—Dos madres recoletas que marchan á Logroño.

—¿No saben Vdes. que en Viana están los liberales?

—No importa, pasaremos.

—Vamos á ver á esas señoras—murmuró el vejete.

—¡Eh, Bautista! Ten cuidado—dijo Martín en vasco.

Descendió Urbide del pescante y trás

él saltó el demandadero. El viejo jefe de la patrulla abrió la portezuela del coche y echó la luz del farol al rostro de las viajeras.

—¿Quiénes son Vdes.?—preguntó la superiora con presteza.

—Somos voluntarios de Carlos VII.

—Entonces, que nos detengan. Estos hombres nos llevan secuestrados.

No acababa de decir esto cuando Martín dió una patada al farol que llevaba el viejo, y después, de un empujón, echó al anciano respetable á la cuneta de la carretera. Bautista arrancó el fusil á otro de la ronda, y el demandadero se vió acometido por dos hombres á la vez.

—¡Pero si yo no soy de estos! Yo soy carlista—gritaba el demandadero.

Zalacaín fué en su auxilio con la espada desnuda y cerró contra los dos; uno de los voluntarios le dió un bayonetazo en el hombro izquierdo y Martín, furioso por el dolor, le dió una estocada que le atravesó de parte á parte.

La patrulla se había declarado en fuga, dejando dos fusiles en el suelo.

—¿Estás herido?—preguntó Bautista á su cuñado.

—Sí, pero creo que no es nada. Hala, vámonos.

—¿Llevamos este fusil?

—Sí, quitale la cartuchera á ese que yo he tumbado, y vamos andando.

Bautista entregó un fusil y una pistola á Martín.

—Vamos adentro—dijo Martín al demandadero.

Este se metió temblando en el coche que partió, llevado al galope por los caballos. Pasaron por enmedio de un pueblo. Algunas ventanas se abrieron y salieron los vecinos creyendo sin duda que pasaba algún furgón de artillería. A la media hora Bautista se paró. Se había roto una correa y tuvieron que arreglarla. La compusieron, haciéndole un agujero con el cortaplumas.

—Habrá que ir más despacio—dijo Martín.

Efectivamente, comenzaron á marchar más despacio, pero al cabo de un cuarto de hora se oyó á lo lejos como un galope de caballos. Martín se asomó á la ventana; indudablemente los perseguían.

El ruido de las herraduras se iba acercando por momentos.

—¡Alto! ¡Alto!—se oyó gritar.

Bautista azotó los caballos y el coche tomó una carrera vertiginosa. Al llegar á las curvas, el viejo landó se torcía y rechinaba como si fuera á hacerse pedazos. La superiora y Catalina rezaban; el demandadero gemía en el fondo del coche.

—¡Alto! ¡Alto!—gritaron de nuevo.

—¡Adelante, Bautista! ¡Adelante! —dijo Martín, sacando la cabeza por la ventanilla.

En aquel momento sonó un tiro, y una bala pasó silbando por delante de la ventanilla. Martín cargó la pistola, vió un caballo y un ginete que se acercaban al coche, hizo fuego y el caballo cayó al suelo. Los perseguidores dispararon sobre el coche que fué atravesado por las balas. Entonces Martín cargó el fusil y, sacando el cuerpo por la ventanilla, comenzó á hacer disparos atendiendo al ruido de las pisadas de los caballos; los que les seguían disparaban también, pero la noche estaba negra y ni Martín ni los perseguidores afinaban la puntería. Bautista, agazapado en el pescante, llevaba los caballos al galope; ninguno de los animales estaba herido, la cosa iba bien.

Al amanecer cesó la persecución. Ya no se veía á nadie en la carretera.

—Creo que podemos parar—gritó Bautista. ¿Eh? Llevamos otra vez el tiro roto. ¿Paramos?

—Sí, pára—dijo Martín—no se ve á nadie.

Paró Bautista, y tuvieron que componer de nuevo otra correa.

El demandadero gemía y rezaba en el coche, Zalacaín le hizo salir del coche á empujones.

—Anda, al pescante—le dijo.—¿Es que tú no tienes sangre en las venas, sacristán de los demonios?—le preguntó.

—Yo soy pacífico y no me gusta mezclarme en estas cosas ni hacer daño á nadie—contestó refunfuñando.

—¿No serás tú una monja disfrazada?

—No, soy un hombre.

—¿No te habrás equivocado?

—No, soy un hombre, un pobre hombre, si le parece á Vd. mejor.

—Eso no impedirá que te metan unos tiros en esa grasa fría que forma tu cuerpo.

—¡Qué horror!

—Por eso debes comprender, hombre linfático, que cuando se encuentra uno en el caso de morir ó de matar, no puede uno andarse con tonterías ni con rezos.

Las palabras rudas de Martín reanimaron un poco al demandadero.

Al subir Bautista al pescante, le dijo Martín:

—¿Quieres que guíe yo, ahora?

—No, no. Yo voy bien. Y tú, ¿cómo tienes la herida?

—No debe ser nada.

—¿Vamos á verla?

—Luego, luego, no hay que perder tiempo.

Martín abrió la portezuela, y al sen-

tarse, dirigiéndose á la superiora, dijo:

—Respecto á Vd., señora, si vuelve á chillar, le voy á atar á un árbol y á dejarla en la carretera.

Catalina, asustadísima, lloraba. Bautista subió al pescante y el demandadero con él. Comenzó el carruaje á marchar despacio, pero al poco tiempo volvieron á oirse como pisadas de caballos.

Ya no quedaban municiones, los caballos del coche estaban cansados.

—Vamos, Bautista, un esfuerzo—gritó Martín, sacando la cabeza por la ventanilla.—¡Así! Echando chispas.

Bautista, excitado, gritaba y chasqueaba el látigo. El coche pasaba con la rapidez de una exhalación, y pronto dejó de oirse detrás el ruido de pisadas de caballos.

Ya estaba clareando; en el fondo del cielo rojizo del alba se adivinaba un pueblo en un alto. Debía de ser Viana.

Al acercarse á él, el coche tropezó con una piedra, se inclinó y vino á tierra. Todos los viajeros cayeron revueltos. Martín se levantó primero y tomó en brazos á Catalina.

—¿Tienes algo?—le dijo.

—No, creo que no—contestó ella, gimiendo.

La superiora se había hecho un chi-

chón en la frente y el demandadero, dislocado una muñeca.

—No hay averías importantes—dijo Martín.—¡Adelante!

Los viajeros entonaban un coro de quejas y de lamentos.

—Desengancharemos y montaremos á caballo—dijo Bautista.

—Yo, no. Yo, no me muevo de aquí—replicó la superiora.

La llegada del coche y su batacazo no habían pasado inadvertidos, porque pocos momentos después avanzó del lado de Viana media compañía de soldados.

—Son los *guiris*—dijo Bautista á Martín.

—Me alegro.

La media compañía se acercó al grupo:

—¡Alto!—gritó el sargento.—¿Quién vive?

—España.

—Daos prisioneros.

—No nos resistimos.

El sargento y su tropa quedaron asombrados al ver á un militar carlista y á dos monjas.

—Vamos hacia el pueblo—les dijeron.

Todos juntos, escoltados por los soldados, llegaron á Viana.

Un teniente que apareció en la carretera, preguntó:

—¿Qué hay, sargento?

—Traemos prisioneros á un general carlista y á dos monjas.

Martín se preguntó porque le llamaba el sargento general carlista, pero al ver que el teniente le saludaba, comprendió que el uniforme, cogido por él en Estella, era de un general.



CAPÍTULO XIII

CÓMO LLEGARON Á LOGROÑO Y LO QUE
LES OCURRIÓ

HICIERON entrar á todos en el cuerpo de guardia en donde, tendidos en un plano inclinado, dormían unos cuantos soldados, y otros se calentaban al lado de un gran brasero. Martín fué tratado con mucha consideración por su uniforme. Rogó al oficial le dejara estar á Catalina á su lado.

—¿Es la señora de Vd.?

—Sí, es mi mujer.

El oficial accedió y pasó á los dos á un cuarto destartalado que servía para los oficiales.

La superiora, Bautista y el demandadero no merecieron las mismas atenciones y quedaron en el cuartelillo.

Un sargento viejo, andaluz, se amarretó con la superiora y comenzó á echarla piropos de los clásicos; la dijo que tenía *los ojos* como *dos luceros* y que se parecía á la Virgen de *Consolación* de Utrera, y le contó otra porción de cosas del repertorio de los almanques.

A Bautista le dieron tal risa los piropos del andaluz, que comenzó á reirse con una risa contenida.

—A ver *si te callas*, cochino carca—le dijo el sargento.

—Si yo no digo nada—replicó Bautista.

—*Zi te sigues* riendo *así*, te voy á *clavá* como á un *sapo*.

Bautista tuvo que ir á un rincón á reirse, y la superiora y el sargento siguieron su conversación.

Al mediodía llegó un coronel, que al ver á Martín le saludó militarmente. Martín le contó sus aventuras, pero el coronel al oirlas frunció las cejas.

—A estos militares—pensó Martín—no les gusta que un paisano haga cosas más difíciles que las suyas.

—Irán Vdes. á Logroño y allí veremos si identifican su personalidad. ¿Qué tiene usted? ¿Está Vd. herido?

—Si.

—Ahora vendrá el físico á reconocerle.

Efectivamente, llegó un doctor que reconoció á Martín, le vendó y después redujo la dislocación del mandadero, que gritó y chilló como un condenado. Después de comer trajeron los caballos del coche, les obligaron á montar, y custodiados por toda una compañía tomaron el camino de Logroño.

Al llegar cerca del puente, sobre el Ebro, una porción de lavanderas y de mujeres de carabineros salieron á ver la extraña comitiva, y varias de ellas comenzaron á cantar, sobre todo dirigiéndose á la monja:

Ahora sí que estarás contentona
Carlístona, mandilona;
Ahora sí que estarás contentón
Carlístón, mandilón, cobardón.

La pobre superiora estaba lívida de rabia. Martín y Bautista se miraban con cierto cómico estupor.

En Logroño pararon en el cuartel y un oficial hizo subir á Martín á ver al general. Le contó Zalacaín sus aventuras, y el general dijo:

—Si yo tuviera la seguridad de que lo que me dice Vd. es cierto, inmediatamente dejaría libre á Vd. y á sus compañeros.

—¿Y yo cómo voy á probar la verdad de mis palabras?

—¡Si pudiera Vd. identificar su personal ¿No conoce Vd. aquí á nadie? ¿Algún comerciante?...

—No.

—Es lástima.

—Sí, sí, conozco—dijo de pronto Martín—conozco á la señora de Briones y á su hija.

—¿Y al capitán Briones también lo conocerá Vd.?

—También.

—Pues lo voy á llamar; dentro de un momento estará aquí.

El general mandó un ayudante suyo, y media hora después estaba el capitán Briones que reconoció á Martín. El general los dejó á todos libres.

Martín, Catalina y Bautista iban á marcharse juntos, á pesar de la opinión de la superiora, cuando el capitán Briones dijo:

—Amigo Zalacaín, mi madre y mi hermana exigen que vaya Vd. á comer con ellas.

Martín explicó á su novia como no le era posible desatender la invitación, y dejando á Bautista y á Catalina fué en compañía del oficial.

La casa de la señora de Briones estaba en una calle céntrica, con soporales.

Rosita y su madre recibieron á Martín con grandes muestras de amistad. La aventura de su llegada á Logroño con una señorita y una monja, había corrido por todas partes.

Madre é hija le preguntaron un sin fin de cosas y Martín tuvo que contar sus aventuras.

—¡Pero qué muchacho!—decía doña Pepita, haciéndose cruces. Usted es un verdadero diablo.

Después de comer vinieron unas señoritas amigas de Rosa Briones, y Martín tuvo que contar de nuevo sus aventuras. Luego se habló de sobremesa y se cantó. Martín pensaba: ¿Qué hará Catalina? Pero luego se olvidaba en la conversación.

Doña Pepita dijo que su hija había tenido el capricho de aprender la guitarra é incitó á Rosita para que cantara.

—Sí, canta—dijeron las demás muchachas.

—Sí, cante Vd.—añadió Zalacaín.

Rosita sacó la guitarra y cantó algunas canciones, acompañándose con ella, y luego, como en honor de Martín, entonó un zortzico con letra castellana, que comenzaba así:

Aunque la oración suene
Yo no me voy de aquí;
La del pañuelo rojo
Loco me ha vuelto á mí.

Y el estribillo de la canción era:

Aupa que el campanero
La oración va á tocar,
Aupa que yo te quiero
Maitia, maitia, ven acá.

Y Rosita, al cantar esto, miraba á Martín de tal manera con los ojos brillantes y negros, que él se olvidó de que le esperaba Catalina.

Cuando salió de casa de la señora de Briones eran cerca de las once de la noche. Al encontrarse en la calle comprendió su falta brutal de atención. Fué á buscar á su novia, preguntando en los hoteles. La mayoría estaban cerrados. En uno del Espolón le dijeron:—Aquí ha venido una señorita, pero está descansando en su cuarto.

—¿No podrían avisarla?

—No.

Bautista tampoco parecía.

Sin saber que hacer volvió Martín á los soportales y se puso á pasear por ellos. Si no fuera por Catalina—pensó—era capaz de quedarme aquí y ver si Rosita Briones está de veras por mí como parece.

Estaba embébedo en estos pensamientos cuando un hombre, con aspecto de criado, se paró ante él y le dijo:

—¿Es Vd. don Martín Zalacaín?

—El mismo.

—¿Quiere Vd. venir conmigo? Mi señora quiere hablarle.

—¿Y quién es la señora de Vd.?

—Me ha encargado que le diga que es una amiga de su infancia.

—¿Una amiga de mi infancia?

—Sí.

—Es imposible—pensó Zalacaín.—Si habré conocido en mi infancia á alguien que tenga criados sin saberlo. En fin, vamos á ver á mi amiga—dijo en voz alta.

El criado siguió por los soportales, torció una esquina y en una casa grande empujó la puerta y entró en un zaguán elegante, iluminado por un gran larol.

—Pase el señorito—dijo el criado indicándole una escalera alfombrada.

—Debe haber una equivocación—pensó Martín.—No es posible otra cosa.

Subieron la escalera, el criado levantó una cortina y pasó Zalacaín. Sentada en un sofá y hojeando un album, había una mujer desconocida, una mujer pequeña, delgada, rubia, elegantísima.

—Perdone Vd., señora—dijo Martín—creo que Vd. y yo somos víctimas de una equivocación...

—Yo, por mi parte, no—contestó ella riendo, con una risa zumbona.

—¿Quiere algo más la señora?—preguntó el criado.

—No, pueden Vdes. retirarse.

Martín quedó asombrado. El criado echó la pesada cortina y quedaron solos.

—Martín—dijo la dama, levantándose de su silla y poniéndole las manos pequeñas en sus hombros.—¿No te acuerdas de mí?

—No, la verdad.

—Soy Linda.

—¿Qué Linda?

—Linda, la que estuvo en Urbia cuando fué el domador, y murió tu madre. ¿No te acuerdas?

—¿Usted es Linda?

—¡Oh! ¿no me hables de Vd.? Sí, yo soy Linda. He sabido como habías venido á Logroño y he mandado que te buscaran.

—¿De manera que tú eres aquella chiquilla que jugaba con el oso?

—La misma.

—¿Y me has conocido?

—Sí.

—Yo, no te hubiera conocido.

—Habla, cuenta tu vida. Tú no sabes la gana que tenía de verte. Eres el único hombre por quien me han pegado. ¿Te acuerdas? Para mí constituías toda mi familia. ¿Qué hará? ¿Dónde estará Martín? pensaba.

—¿De veras? ¡Qué extraño! ¡Hace de esto tanto tiempo! Y somos jóvenes los dos.

—¡Cuenta! ¡Cuenta! ¿Cuál ha sido tú vida? ¿Qué has hecho por el mundo?

Martín, emocionado, habló de su vida, de sus aventuras. Luego Linda contó las suyas, su existencia bohemia de volatinera, hasta que un señor rico le sacó del circo y le brindó con su protección. Ahora este señor, título, con grandes posesiones en la Rioja, quería casarse con ella.

—¿Y tú te vas á casar?—la preguntó Martín.

—Claro.

—¿De manera que dentro de poco serás una señora condesa ó marquesa?

—Sí, marquesa, pero chico, esto no me entusiasma. He vivido siempre libre y ya las cadenas no son para mí aunque sean de oro. Pero estás pálido ¿Qué te pasa?

Martín sentía un gran cansancio y le dolía el hombro. Linda, al saber que estaba herido, le obligó á quedarse allí.

Afortunadamente el rasguño no era grave y Zalacaín curó pronto.

Al día siguiente, Linda no le dejó salir; y al verse dominado por ella, por su suave encanto, encontró que sus convalecencias eran más peligrosas para sus sentimientos que para su salud.

—Que le avisen á mi cuñado donde estoy—dijo Martín varias veces á Linda.

Esta envió varias veces su criado á los hoteles, pero en ninguno daban noticias ni de Bautista ni de Catalina.



CAPÍTULO XIV

COMO ZALACAÍN Y BAUTISTA URBIDE
TOMARON LOS DOS SOLOS LA CIUDAD
DE LAGUARDIA OCUPADA POR LOS CAR-
LISTAS.

DE conocer Martín la Odisea es posible que hubiese tenido la pretensión de comparar á Linda con la hechicera Circe y á sí mismo con Ulises, pero como no había leído el poema de Homero no se le ocurrió tal comparación.

Sí se le ocurrió varias veces que se estaba portando como un bellaco, pero Linda ¡era tan encantadora! ¡Tenía por él tan grande entusiasmo! Le había hecho olvidar á Catalina. Muchos días maldecía de su barbarie, pero no se determinaba á marcharse. Decidió en su

fuero interno que la culpa de todo era Bautista y esta decisión le tranquilizó.

—¿Dónde se ha metido ese hombre?— se preguntaba.

Una semana después del encuentro con Linda, al pasar por los soportales de la calle principal de Logroño se encontró con Bautista que venía hacia él indiferente y tranquilo como de costumbre.

—¿Pero dónde estás?— exclamó Martín incomodado.

—Eso te pregunto yo ¿dónde estás?— contestó Bautista.

—¿Y Catalina?

—¡Qué sé yo! Yo creí que tú sabrías dónde estaba. Que os habíais marchado los dos sin decirme nada.

—¿De manera que no sabes?...

—Yo no.

—¿Cuándo hablastes tú con ella por última vez?

—El mismo día de llegar aquí; hace ocho días. Cuando tú te fuistes á comer á casa de la señora de Briones, Catalina, la monja y yo nos fuimos á la fonda. Pasó el tiempo, pasó el tiempo y tú no venías.—¿Pero dónde está?—preguntaba Catalina.—¿Qué sé yo?—la decía. A la una de la mañana, viendo que tú no venías, yo me fuí á la cama. Estaba molido. Me dormí y me desperté muy tarde y me encontré con que la monja

y Catalina se habían marchado y tú no habías venido. Esperé un día, y como no aparecía nadie, creí que os habíais marchado y me fuí á Bayona y dejé las letras en casa de Levi-Alvarez. Luego tu hermana empezó á decirme:—¿Pero dónde está Martín? ¿Le ha pasado algo?—Escribí á Briones y me contestó que estabas aquí escandalizando el pueblo, y por eso he venido.

—Sí, la verdad es que yo tengo la culpa—dijo Martín.—¿Pero dónde puede estar Catalina? ¿Habrá seguido á la monja?

—Es lo más probable.

Martín al encontrarse con Bautista y hablar con él se sintió fuera de la influencia del hechizo de Linda y comenzó á hacer indagaciones con una actividad extraordinaria. De las dos viajeras del hotel una se había marchado por la estación; la otra, la monja, había partido en un coche hacia Laguardia.

Martín y Bautista supusieron si las dos estarían refugiadas en Laguardia. Sin duda la monja recuperó su ascendiente sobre Catalina en vista de la falta de Martín y la convenció de que volviera con ella al convento.

Era imposible que Catalina encontrándose en otro lado no hubiese escrito

Se dedicaron á seguir la pista de la monja. Averiguaron en la venta de

Asa que días antes un coche con la monja intentó pasar á Laguardia, pero al ver la carretera ocupada por el ejército liberal sitiando la ciudad y atacando las trincheras retrocedió. Suponían los de la venta que la monja habría vuelto á Logroño á no ser que intentara entrar en la ciudad sitiada, tomando en caballería el camino de Lanciego por Oyón y Venaspre.

Marcharon á Oyón y luego á Yécora, pero nadie les pudo dar razón. Los dos pueblos estaban casi abandonados.

Desde aquel camino alto se veía Laguardia rodeada de su muralla en medio de una explanada enorme. Hacia el Norte limitaba esta explanada como una muralla gris la cordillera de Cantabria; hacia el Sur podía extenderse la vista hasta los montes de Pamorbo.

En este polígono amarillento de Laguardia no se destacaban ni tejados ni campanarios, no parecía aquello un pueblo sino más bien una fortaleza. En un extremo de la muralla se erguía un torreón envuelto en una densa humareda.

Al salir de Yécora un hombre famélico y destrozado les salió al encuentro y habló con ellos. Les contó que los carlistas iban á abandonar Laguardia un día ú otro. Le preguntó Martín si era posible entrar en la ciudad.

—Por la puerta es imposible—dijo el

hombre—pero yo he entrado subiendo por unos agujeros que hay en el muro cerca de la Puerta de Paganos.

—¿Pero y los centinelas?

—No suelen haber muchas veces.

Bajaron Martín y Bautista por una senda desde Lanciego á la carretera y llegaron al sitio en donde acampaba el ejército liberal. La tropa después de cañonear las trincheras carlistas avanzaba y el enemigo abandonaba sus posiciones refugiándose en los muros.

El regimiento del capitán Briones se encontraba en las avanzadas. Martín preguntó por él y lo encontró. Briones presentó á Zalacaín y á Bautista á algunos oficiales compañeros suyos, y por la noche tuvieron una partida de cartas y jugaron y bebieron. Ganó Martín, y uno de los compañeros de Briones, un teniente aragonés que había perdido toda su paga, comenzó, para vengarse, á hablar mal de los vascongados, y Zalacaín y él se enzarzaron en una estúpida discusión de amor propio regional, de esas tan frecuentes en España.

Decía el teniente aragonés que los vascongados eran tan torpes, que un capitán carlista, para enseñarles á marchar á la derecha y á la izquierda elevaba un manojo de paja en la mano y les decía, por ejemplo: ¡Doble derecha! y en seguida pasaba el manojo á la derecha

y decía: ¡Hacia el lado de la paja! Además, según el oficial, los vascongados eran unos poltrones que no se querían batir más que estando cerca de sus casas.

Martín se estaba amoscando y dijo al oficial:

—Yo no sé cómo serán los vascongados, pero lo que le puedo decir á usted es que lo Vd. ó cualquiera de estos señores haga, lo hago yo por debajo de la pierna.

—Y yo—dijo Bautista, colocándose al lado de Martín.

—Vamos, hombre—dijo Briones.—No sean Vdes. tontos. El teniente Ramírez no ha querido ofenderles.

—No nos ha llamado más que estúpidos y cobardes—dijo riendo Martín.—Claro que á mí no me importa nada lo que este señor opine de nosotros, pero me gustaría encontrar una ocasión para probarle que está equivocado.

—Salga Vd.—dijo el teniente.

—Cuando usted quiera—contestó Martín.

—No—replicó Briones—yo lo prohibo. El teniente Ramírez quedará arrestado.

—Está bien—dijo refunfuñando el aludido.

—Si estos señores quieren un poco de jaleo, cuando tomemos Laguardia pueden venir con nosotros—advirtió el oficial.

Martín creyó ver alguna ironía en las palabras del militar y replicó burlonamente:

—¡Cuando tomen Vdes. Laguardia! No, hombre. Eso no es nada para nosotros. Yo voy sólo á Laguardia y la tomo, ó á lo más con mi cuñado Bautista.

Se echaron todos á reir, pero viendo que Martín insistía, diciendo que aquella misma noche iban á entrar en la ciudad sitiada, pensaron que Martín estaba loco. Briones que le conocía, trató de disuadirle de hacer esta barbaridad, pero Zalacaín no se convenció.

—¿Ven Vdes. este pañuelo blanco?—dijo.—Mañana al amanecer lo verán ustedes en este palo flotando sobre Laguardia. ¿Habrá por aquí una cuerda?

Uno de los oficiales jóvenes trajo una cuerda y Martín y Bautista, sin hacer caso de las palabras de Briones, avanzaron por la carretera.

El frío de la noche les serenó y Martín y su cuñado se miraron algo extrañados. Se dice que los antiguos godos tenían la costumbre de resolver sus asuntos dos veces, una borrachos y otra serenos. De esta manera unían en sus decisiones el atrevimiento y la prudencia. Martín sintió no haber seguido esta prudente táctica goda, pero se calló y dió á entender que se encontraba en uno de los momentos regocijados de su vida.

—¿Qué, vamos á ir?—preguntó Bautista.

—Probaremos.

Se acercaron á Laguardia. A poca distancia de sus muros tomaron á la izquierda por la Senda de las Damas, hasta salir al camino de El Ciego y cruzando éste se acercaron á la altura en donde se asienta la ciudad.

Dejaron á un lado el cementerio y llegaron á un paseo con árboles que circunda el pueblo.

Debían de encontrarse en el sitio indicado por el hombre de Yécora, entre la puerta de Mercadal y la de Paganos.

Efectivamente, era aquél. Distinguieron los agujeros en el muro que servían de escalera; los de abajo estaban tapados.

—Podríamos abrir estos boquetes—dijo Bautista.

—¡Hum! Tardaríamos mucho—contestó Martín.—Súbete encima de mí á ver si llegas. Toma la cuerda.

Bautista se encaramó sobre los hombros de Martín, y luego, viendo que se podía subir sin dificultad, escaló la muralla hasta lo alto. Asomó la cabeza y viendo que no había vigilancia saltó encima.

—¿Nadie?—dijo Martín.

—Nadie.

Sujetó Bautista la cuerda con un lazo

corredizo en un ángulo de un torreón, y subió Martín á pulso, con el palo en los dientes.

Se deslizaron los dos por el borde de la muralla hasta salir á una calleja. Ni guardia, ni centinela; no se veía ni se oía nada. El pueblo parecía muerto.

—¿Qué pasará aquí?—se dijo Martín.

Se acercaron al otro extremo de la ciudad. El mismo silencio. Nadie. Indudablemente los carlistas habían huído de Laguardia.

Martín y Bautista adquirieron el convencimiento de que el pueblo estaba abandonado. Avanzaron con esta confianza hasta cerca de la puerta del Mercadal; y enfrente del cementerio, hacia la carretera de Logroño, sujetaron entre dos piedras el palo y ataron en su punta el pañuelo blanco.

Hecho esto, volvieron de prisa al punto por donde habían subido. La cuerda seguía en el mismo sitio. Amanecía. Desde allá arriba se veía una enorme extensión de campo. La luz comenzaba á indicar los viñedos y los olivares. El viento fresco anunciaba la proximidad del día.

—Bueno, baja—dijo Martín.—Yo sujetaré la cuerda.

—No, baja tú—replicó Bautista.

—Vamos, no seas imbécil.

—¿Quién vive?—gritó una voz en aquel mismo momento.

Ninguno de los dos contestó. Bautista comenzó á bajar despacio. Martín se tendió en la muralla.

—¿Quién vive?—volvió á gritar el centinela.

Martín nada dijo; sonó un disparo y una bala pasó por encima de su cabeza. Afortunadamente, el centinela estaba lejos. Cuando Bautista descendió, Martín comenzó á bajar. Tuvo la suerte de que la cuerda no se deslizase. Bautista le esperaba con el alma en un hilo. Había movimiento en la muralla; cuatro ó cinco hombres se asomaron á ella y Martín y Bautista se escondieron tras de los árboles del paseo que circundaba el pueblo. Lo malo era que aclaraba cada vez más. Fueron pasando de árbol á árbol, hasta llegar cerca del cementerio.

—Ahora no hay más remedio que echar á correr á la descubierta—dijo Martín.—A la una... á las dos... Vamos allá.

Echaron los dos á correr. Sonaron varios tiros. Ambos llegaron ilesos al cementerio. De aquí ganaron pronto el camino de Logroño. Ya fuera de peligro, miraron hacia atrás. El pañuelo seguía en la muralla ondeando al viento. Briones y sus amigos recibieron á Martín y á Bautista como á héroes.

Al día siguiente, los carlistas abando-

naron Laguardia y se refugiaron en Peñacerrada. La población enarboló bandera de parlamento; y el ejército, con el general al frente, entraba en la ciudad.

Por más que Martín y Bautista preguntaron en todas las casas, no encontraron á Catalina.

